

EL CONFLICTO ÁRABE-ISRAELÍ

La dimensión política

M. S. AGWANI

Indian School of International Studies

EN SU CONTEXTO INMEDIATO, el conflicto árabe-judío es una prolongada guerra civil entre los inmigrantes judíos y los nativos árabes palestinos. En un sentido más amplio significa la confrontación entre el vindicativo joven judío y el nacionalismo árabe, dentro del marco de los Estados árabes y el judaismo internacional. En un sentido más, es una proyección de la existente rivalidad por detentar la hegemonía sobre la riqueza petrolera y la importancia estratégica de la región occidental de Asia. La interrelación de estos aspectos diversos explica la complejidad del problema árabe-judío y su potencialidad para poner en peligro la paz internacional. Explica también la curiosa paradoja de un Israel tres veces victorioso pero manifiestamente incapaz de convertir su triunfo militar en una paz viable.

Es indudable que cada giro del conflicto armado ha resultado en ganancias estratégicas o territoriales para Israel: La guerra de 1948 puso el 77 % del territorio palestino bajo dominio israelí, contra el 55 % originalmente asignado por el plan divisional de las Naciones Unidas. En 1956, la campaña de Sinaí franqueó el Golfo de Aqaba y dio a la marina israelita acceso al Mar Rojo y al Océano Índico. La guerra de junio de 1967 extendió el control israelí a territorios mucho mayores que el suyo. Antes de la guerra de seis días, Tel Aviv estaba a seis minutos de vuelo de las bases egipcias en la península de Sinaí y dentro del alcance de la artillería jordana. Con la conquista del margen occidental y del Sinaí, Israel logró superar con mucho esas deficiencias. Pero evidentemente estas grandes hazañas militares y estratégicas no han consolidado la capacidad de Israel para imponer un arreglo político sobre sus enemigos. Por lo contrario, la expansión de la autoridad de Israel sobre toda Palestina, ha incitado enormemente a los despojados palestinos a defenderse y llevar la batalla por su supervivencia nacional hasta el interior de Israel. La humillación de las fuerzas armadas árabes, los ha unificado notablemente como lo prueba el importante apoyo material extendido por Arabia Saudita, Libya y Kuwait a los presionados gobiernos de la RAU y Jordania. El resultado de la guerra de junio fue inicialmente nocivo para el prestigio soviético entre los árabes, quienes tampoco se mostraron complacidos ante la solícita preocupación de Washington por Israel. En realidad, el conflicto de junio

de 1967 llevó a las dos grandes potencias a posiciones de irreconciliable partidismo en relación a sus respectivos clientes. En otros términos, la guerra agudizó los antagonismos judío-palestinos, árabe-israelíes y soviético-norteamericanos en el occidente de Asia.

En una atmósfera explosiva como ésta, no se puede excluir la posibilidad de un nuevo giro en el conflicto armado. Sin embargo, la experiencia no permite suponer que la próxima etapa sitúe el problema palestino más cerca de una solución que las tres anteriores. La cuestión palestina se encuentra envuelta en una red de intrincados problemas políticos que no pueden ser solucionados con medidas militares únicamente; nuestro propósito es observar más de cerca estos problemas.

En su comienzo el problema palestino era un producto secundario de la política internacional; y así ha permanecido a pesar de que los *dramatis personae* han seguido cambiando. Cuando los británicos adquirieron una posición firme en la India, empezaron a considerar al occidente de Asia como una área de crítica importancia para el Imperio. En la primera etapa tanto Gran Bretaña como sus rivales europeos pusieron especial cuidado en el cultivo de las minorías étnicas de las provincias del Imperio Otomano en el occidente de Asia. Rusia se autoproclamó benefactora de la comunidad ortodoxa griega; Francia se convirtió en protectora de los maronitas en Líbano; y Palmerston dio instrucciones a sus representantes británicos para apoyar a la minoría judía en la región. La apertura del canal de Suez en 1869, intensificó la rivalidad europea. A fin de adquirir un firme control sobre esta importante vía de navegación, Gran Bretaña ocupó Egipto en 1882. El siguiente objeto de la ambición británica fue Palestina, que dominaba el flanco oriental del canal. Pero la oportunidad de desalojar a los turcos del canal no apareció sino hasta que estalló la primera Guerra Mundial. Mientras tanto Gran Bretaña había desarrollado cierto interés a favor del movimiento sionista, que veía la salvación del judío perseguido de Europa Central y Oriental, en la resurrección del Reinado Bíblico de Judáh en Palestina. Mientras Allenby avanzaba dentro de Palestina a la cabeza de una fuerza expedicionaria, la facción sionista en Inglaterra procedía a señalar al gabinete de Lloyd George las ventajas que, para la presencia imperial británica en el Este, tendría el establecimiento de un Estado judío en Palestina. El resultado inmediato fue la Declaración de Balfour, garantizando el apoyo británico para la creación de un "Hogar Nacional Judío" en Palestina.

La maniobra británica fue ampliamente aclamada por la influyente comunidad judía en Estados Unidos. Sin embargo, en el próximo cuarto de siglo la admisión y establecimiento de emigrantes europeos en Palestina fue responsabilidad absoluta de Gran Bretaña, detentadora del Mandato. La resistencia palestina a esta política creció en proporción directa al volumen de emigración sionista. En 1919, la población de nativos judíos en Palestina era únicamente de 60 000 —la mayoría de ellos indiferentes a las pretensiones sionistas— contra 600 000 árabes. Para 1936, la población judía creció a 370 843 —o sea, seis veces la cantidad

existente en 1919. En tanto, la Agencia Judía, sostenida con fondos aportados por el judaísmo mundial, acaparó grandes trechos de tierra fértil, propiedad de campesinos árabes; y los inmigrantes judíos, equipados con niveles más altos de educación y habilidad, expulsaron a los árabes de sus profesiones urbanas. Las protestas árabes en contra de estos cambios fueron sofocadas con mano de hierro por la administración del Mandato.

Durante la segunda Guerra Mundial, el centro del movimiento sionista se trasladó de Londres a Nueva York. El judaísmo norteamericano, que estaba integrado por cerca de cinco millones de personas y constituía el grupo unido más grande del mundo después de la guerra, se había mostrado siempre interesado por los destinos sionistas. En mayo de 1942, la facción norteamericana del movimiento sionista efectuó una conferencia en el Hotel Biltmore y adoptó lo que llegó a ser conocido como el Plan Biltmore. Éste exigía el establecimiento de una Comunidad Judía en Palestina; inmigración ilimitada; y completa libertad a los sionistas para mejorar "las desocupadas e incultivadas tierras de Palestina". Dos años después, el Plan Biltmore llegó a ser una cuestión vital durante las elecciones presidenciales en Estados Unidos. En un obvio intento por ganar votos judíos y apoyo financiero, republicanos y demócratas expresaron su simpatía por las demandas sionistas. En 1945, el presidente Truman exhortó al Primer Ministro británico con una petición para admitir "tantos como sea posible" de los judíos no repatriables provenientes de los campos de refugiados en Europa.

Por lo que toca al interés ruso por el sionismo, puede decirse que a lo largo de los años éste ha sido más bien de carácter negativo. Moscú describió al sionismo como un instrumento de algunos reaccionarios judíos, quienes lo empleaban para distraer a las masas judías de sus apremiantes problemas económicos y sociales. En apoyo de esta tesis, el *New Times* (julio de 1946) citó la advertencia de Ben Gurion al Congreso Sionista en 1938, en el sentido de que: "quien traicionó a la Gran Bretaña traicionó al sionismo". Sin embargo, cuando el asunto de Palestina surgió ante las Naciones Unidas, en 1947, los soviéticos cambiaron repentinamente su trayectoria y votaron por la fundación de Israel. Ésta fue la primera ocasión desde el comienzo de la Guerra Fría, que Moscú y Washington adoptaron un acuerdo común. Sin esto el plan divisional no pudo haber reunido la mayoría de dos tercios en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Mientras el *volte face* soviético continúa siendo un enigma para los historiadores, el vehemente apoyo norteamericano al sionismo obviamente fue dictado por presiones internas. En su afán por asegurarse los votos judíos en las elecciones de 1948, el presidente Truman permitió que presiones oficiales y no oficiales fueran ejercidas sobre algunos miembros de las Naciones Unidas que se mostraban vacilantes. El cambio en el último momento de la posición de Haití y Las Filipinas, aseguró la mayoría requerida; en el caso del último país, el cambio ocurrió bajo una enorme presión de Estados Unidos.

En la primera guerra árabe-israelí que siguió al plan divisional de Palestina, los israelíes emplearon armas checoslovacas, compradas con dólares donados por el judaísmo norteamericano. Sin embargo, la creciente dependencia de Israel respecto de Estados Unidos, pronto disminuyó el interés soviético por el Estado judío. Mientras tanto, la declinación de la influencia británica y francesa en el occidente de Asia, y el brote de la Guerra Fría, introdujeron un elemento de fluidez en el patrón de relaciones de poder en el área. En un intento por estabilizar la posición occidental, Washington llevó a cabo dos importantes maniobras en unión con Gran Bretaña y Francia: la Declaración Tripartita de 1950 y la proposición de una comandancia para la Defensa del Medio Oriente. La primera dio a Israel la superioridad militar sobre todos sus vecinos árabes, apoyada en el suministro continuo y regulado de armamento; la segunda alentó a los Estados del occidente de Asia a fraguar una alianza militar regional para enfrentarse a la Unión Soviética. Ninguna de estas medidas encontró un clima favorable en las capitales árabes. De hecho, muchos árabes las interpretaron como incompatibles con su libertad y soberanía. También Moscú se alarmó ante la perspectiva de una alianza hostil en el flanco meridional. Los intereses de un naciente nacionalismo árabe parecían coincidir con los de la seguridad soviética. En su momento de mayor proximidad, la insoluble disputa árabe-israelí fue absorbida en el vórtice de la rivalidad Este-Oeste.

Las primeras ganancias de las potencias occidentales fueron anuladas por el tráfico de armas entre Egipto y el Bloque soviético. Después, una cosa llevó a otra y la crisis de Suez estalló. La confusión resultante en las capitales occidentales, dio a Israel una oportunidad para dividirlas y compensar su desequilibrio militar. Sin embargo, la manifiesta crudeza de la batalla de Sinaí y la apenas velada coalición anglo-israelí-francesa, molestaron enormemente a Washington, que con firmeza presionó por el cese de fuego y la retirada de las tropas invasoras. Al mismo tiempo, el gobierno de Estados Unidos se dio cuenta de que una relación firme de poder en el área, requería no sólo de la superioridad militar israelí sobre los árabes, sino también de una preponderante presencia norteamericana a fin de prevenir la intervención soviética en caso de otra acción perentoria árabe-israelí. La doctrina de Eisenhower fue un infructuoso intento por alcanzar este objetivo. La notable presencia de la sexta flotilla en el Mediterráneo oriental probó ser una alternativa más real y práctica. Esta política fue ampliamente respaldada por Londres y París.

El pretexto inmediato para la acometida política soviética en el occidente de Asia, fue la conclusión del Pacto de Bagdad, patrocinado por Occidente. Hasta ese entonces las ambiciones soviéticas se habían concentrado en el Estrecho Turco y el Golfo Pérsico. En cambio, ahora se extendían al poco familiar terreno de la política árabe. Moscú vio, en la continuación del conflicto árabe-israelí, una conveniente puerta de entrada a las mentes y corazones árabes. En la siguiente década, la

Unión Soviética subsidió a los árabes, otorgándoles armamento masivo, y aprovechó el resultante clima de amistad para cimentar los vínculos económicos y comerciales con los Estados árabes. Aun cuando la Unión Soviética nunca apoyó las peticiones extremistas árabes con respecto a Palestina, obtuvo visibles beneficios del conflicto árabe-israelí. Esto ayudó a Moscú a neutralizar el pacto de Bagdad y extender su influencia sobre el área. También China se iluminó con el brillo del prestigio soviético entre los árabes, aumentando con esto sus actividades diplomáticas y comerciales en la región.

El resultado de la guerra de seis días agudizó las rivalidades entre las grandes potencias en el occidente de Asia. La terrible derrota de la armada árabe y el fracaso de Moscú para prevenirla, resultó una seria contrariedad para la Unión Soviética y sus clientes árabes. Se informó que cuando el embajador soviético en El Cairo exhortó al presidente Nasser a aceptar el cese de fuego incondicional, este último comentó con amargura que los soviéticos habían descendido al nivel de potencia de cuarta categoría. El *People's Daily* comentó agriamente que, en lugar de ayudar a los árabes, Moscú jugaba "el vergonzoso papel de cómplice número uno de Gran Bretaña y Estados Unidos". Pekín se apresuró a incitar a los árabes a combatir contra Israel hasta derrotarla. Inmediatamente después del cese de fuego, China anunció un donativo por 150 000 toneladas de trigo, además de un préstamo en efectivo por 10 millones de dólares: "en reconocimiento a la gallarda actitud de la RAU frente a los imperialistas". Las noticias de la prensa mundial en el sentido de que China estaba dispuesta a equipar con armas nucleares a los árabes, no fueron contradichas por Pekín.

La Unión Soviética logró finalmente recuperarse del golpe inicial, debido a que el evidente apoyo de Washington a Israel dejó a los países árabes sin alternativas. En un informe político pronunciado poco después de la guerra de junio de 1967, Lyndon B. Johnson manifestó que el conflicto árabe-israelí debía ser resuelto con base en un acuerdo entre las partes mismas, y que él no favorecería "el regreso inmediato hacia la situación que existía el 4 de junio". Esto fue una clara notificación para los árabes, de que cualquier convenio tendría que amoldarse a la actual distribución de poder entre árabes e israelíes. La posición de Washington a favor de Israel, junto con las evidentes desventajas económicas y logísticas de Pekín, dejaron a los árabes sin otra posibilidad que la de recurrir nuevamente a la ayuda económica y militar soviéticas que Moscú de buena gana se apresuró a otorgar a El Cairo y Damasco.

En la renovada carrera armamentista árabe-israelí a partir de la guerra de junio, Moscú y Washington surgieron como los principales proveedores de equipo militar a los partidos contendientes. Puesto que De Gaulle se excluyó de la carrera y Gran Bretaña redujo drásticamente la escala de su abastecimiento por conveniencias de índole política, Tel Aviv llegó a confiar excesivamente en el arsenal norteamericano. Así, la fuerza aérea de Israel fue reforzada con 48 *Skyhawks* y 50 bom-

barderos Fantasma F-4. En el flanco árabe, la RAU ha recibido armamentos soviéticos por valor de 1 000 millones de dólares desde la guerra de junio. La trayectoria de la carrera armamentista, que directamente involucra a las grandes potencias, aumenta el riesgo de un conflicto mayor; también ha cambiado el mapa político del occidente de Asia. Los norteamericanos se dan cuenta paulatinamente de que los beneficios de la victoria israelita no están siendo disfrutados en Jerusalén sino en Moscú. Esto no solamente ha elevado a la Unión Soviética a un rango mayor de poder político en Asia Occidental, sino también ha incubado su ambición de convertirse en un poder naval mediterráneo a toda costa. Mientras la guerra de junio rompió las relaciones diplomáticas de Washington con la RAU, Siria, Irak y algunos otros Estados árabes, Moscú es fervientemente cortejado en casi todas las capitales árabes. Antes de la guerra de junio, el comercio de Estados Unidos con los países árabes se elevaba al 12 % anual; desde la guerra este porcentaje ha caído cerca del 30 %. Aproximadamente el 65 % de comercio exterior de la RAU se efectúa con el Bloque soviético, que ha entrado también al comercio petrolero. Los soviéticos ayudaron a Siria a construir un oleoducto de 400 millas en el Mediterráneo y sondean actualmente petróleo en Irak, Siria y la RAU.

Paralelamente, cientos de cadetes, pilotos y técnicos árabes están siendo entrenados por la Unión Soviética. La influencia soviética es tal vez más fuerte en la RAU, donde miembros de la Misión militar soviética toman las decisiones en lo que corresponde al establecimiento de los honorarios de entrenamiento y la selección de oficiales. Moscú también ha ayudado a fortificar las costas meridionales y orientales del Mediterráneo en Latakia, Tartus, Port Said, Alejandría y Mers el-Kabir. Esto permite a los soviéticos, no solamente combatir las fuerzas de la OTAN en el Mediterráneo, sino rodearlas. Últimamente, buques de guerra soviéticos han hecho escala en puertos de Irak, Aden, Sudán y Yemen. El puerto de Yemen en Hodeida se está convirtiendo en una importante base para la operación naval soviética en el Océano Indico y el Golfo Pérsico.

Washington debe haber observado con desaliento las ganancias soviéticas en el occidente de Asia. Pero aún no existe ninguna evidencia de un cambio en su política actual. Recientemente el *Time* citó la observación de un prestigiado diplomático norteamericano: "Algún día habrá una investigación del Congreso para determinar cómo perdimos el Medio Oriente que hará parecer trivial la gran polémica china".

En el plano regional el problema palestino ha sido una fuente de inestabilidad política en Asia Occidental y un punto neurálgico de la política interior árabe. La primera derrota árabe, en 1948-49, fue atribuida por la mayoría de los árabes a la ineptitud y corrupción de su dirección política. La generación más joven de oficiales del ejército estableció células secretas que posteriormente llevaron a cabo golpes de Estado contra los gobernantes civiles. En 1949, Siria presenció el surgimiento y caída de tres regímenes en rápida sucesión. La juventud palestina descontenta asesinó al rey Abdullah de Jordania en 1951,

para vengar los últimos tratados secretos con los israelíes. Gamal Abdel Nasser, que había luchado contra Israel como oficial del ejército del rey Faruq, derrotó a la monarquía egipcia, en julio de 1952.

La segunda etapa del conflicto árabe-israelí (1956) produjo una euforia general entre los árabes; aparentemente convenció a muchos de ellos de que la única respuesta efectiva a la amenaza israelí era la unidad árabe. El primer paso fue dado en 1957 con la unión de Siria y Egipto. Esto provocó un desacuerdo entre los árabes unionistas y sus oponentes en Líbano, y llevó a un golpe de Estado contra la monarquía pro-occidente de Irak.

De este modo, el problema palestino llegó a ser una parte integral de la política árabe. La tendencia por parte de los líderes árabes de usarlo como piedra angular de su política nacional e intra-árabe, se dio con más fuerza en la RAU Siria, Irak, Jordania y Arabia Saudita. En el prelude de la guerra de junio de 1967, esta tendencia alcanzó su punto más crítico; los gobiernos árabes comenzaron a recriminarse mutuamente su casi total falta de actividad en favor de los despojados palestinos. En su cruzada contra el insano radicalismo político y económico de la RAU, las conservadoras monarquías pro Occidente de Jordania y Arabia Saudita reprocharon a Nasser el refugiarse bajo la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas. En seguida surgió la advertencia de Tel Aviv de severas represalias contra Siria, desde donde los comandos palestinos habían estado realizando incursiones en el territorio israelí. Esto llevó a Nasser a cometer el más grande error de su vida: la petición de que la Fuerza de Emergencia se retirara. Esto condujo al enfrentamiento de las fuerzas armadas de la RAU con el ejército israelí; situación que El Cairo había escrupulosamente evitado durante la década pasada.

En los sucesos posteriores los israelíes infligieron una terrible derrota a las fuerzas combinadas de Siria, Jordania y la RAU. Anteriormente Nasser había observado que su intención no era la de "precipitar a Israel hacia el mar". El resultado de la guerra parece haber convencido a muchos árabes más de que el clamor por "desmantelar" el Estado de Israel, no es otra cosa sino política práctica, la realidad. Según las palabras de Abba Eban, esto probó que "Israel no es una exposición desarmable, como la Feria Mundial de Montreal, que puede ser empacada y trasladada". La victoria de Israel, al mismo tiempo, no fue del todo completa. Si el conflicto hubiese ocurrido un siglo antes, Israel hubiera automáticamente extendido sus dominios sobre los Estados derrotados; pero a mediados del siglo xx, cuando el colonialismo está fuera de época y resulta impracticable y las grandes potencias acechan el escenario mundial, Israel no pudo llevar su victoria al final lógico.

El equilibrio de las fuerzas mundiales permitió a los árabes sobrevivir y recobrar del sorprendente golpe. Un sentido de realismo comenzó a brotar en las capitales árabes. La Cima Árabe en Kartoum, habló de la necesidad de esfuerzos políticos para eliminar los efectos de la ocupación. Siguiendo esta tendencia, Nasser delineó las bases

para un arreglo político con Israel: 1º declaración de no beligerancia; 2º reconocimiento del derecho de cada país a vivir en paz; 3º reconocimiento de la integridad territorial de todos los países del área; 4º libertad de navegación en canales internacionales; y 5º una solución justa al problema de los refugiados palestinos. No excluyó las negociaciones con Israel, pero insistió en que las pláticas debían seguir y no anteceder a la retirada israelí. Tel Aviv inmediatamente contestó anunciando sus planes para las 26 000 millas de territorio árabe conquistado, y que clasificaba en zonas semiocupadas, desmilitarizadas y retiradas. "Debemos discutir nuevas fronteras, nuevos convenios", afirmó el Premier Levi Eskhol. Los árabes interpretaron esto como una muestra de la poca seriedad que los israelíes concedían a las negociaciones o al logro de un arreglo político.

La renuencia de Israel a compartir los frutos de la victoria, en realidad amortiguó a las fuerzas de moderación en el bloque árabe. Esto no quiere decir que los tres Estados árabes directamente involucrados en el conflicto están a punto de desafiar a Israel a un próximo duelo, ya sea unidos o separados. Sin embargo, es obvio que la relativa debilidad de estos Estados, ha forzado a los desesperados palestinos a tomar su destino en sus propias manos. Con el extraordinario desarrollo del movimiento de comandos, el problema palestino ha retrocedido a donde propiamente pertenece: Palestina. Como una consecuencia inmediata de la división, más del 80 % de los palestinos quedaron sin hogar. La ocupación israelí del margen occidental en junio de 1967, fue seguida por la expulsión de más palestinos; un gran número de estos refugiados se dispersaron sobre todo el mundo árabe. Los palestinos en exilio, así como antes los judíos, habían logrado éxitos en cuanto a niveles de educación, profesiones y comercio. Ahora son ellos los mejor educados y más progresistas entre los árabes, y verdaderamente constituyen un *avant-garde* intelectual en las tradicionales y paternalistas sociedades árabes. Como los judíos, los palestinos permanecieron también emocionalmente atados a su tierra natal. Un gran número de refugiados permanecieron en tierras donde la necesidad, la enfermedad y la desesperación intensificaron su rencor contra el intruso. Ellos fundaron sus esperanzas en las Naciones Unidas y en la creciente marea del nacionalismo árabe. Pero dos largas décadas colmadas de resoluciones de las Naciones Unidas y de solemnes promesas por parte de los Estados árabes simpatizantes, no tradujeron en realidad sus ilusiones. La ocupación israelí del margen oriental y la consecuente expulsión de más árabes de sus hogares, probaron ser el último golpe al pueblo palestino.

La guerra de junio de 1967, convenció a la sección militante de palestinos que era inútil depender de los Estados árabes o de métodos militares convencionales y que su salvación consistía en valerse por ellos mismos utilizando la guerra de guerrillas. Las unidades de comandos habían existido ya durante algunos años en Jordania y Siria. En las dos semanas que siguieron a la guerra de seis días, los hombres

Al Fatah llevaron camellos hacia el desierto de Sinaí para recoger ametralladoras, rifles, granadas y bazukas dejadas por los ejércitos de la RAU en retirada. Para agosto de 1967, estaban ya preparados para enviar grupos de guerrilleros a través del río Jordán a Israel. Los israelíes contestaron violentamente, quemando hogares de gente sospechosa de colaborar con las guerrillas. Los palestinos enviaron después pequeños grupos a esconderse en cuevas para sembrar minas y hacer sabotajes. Esta vez los israelíes se embarcaron en una incursión punitiva a gran escala en los campos de comandos a lo largo del río Jordán. Pero las represalias masivas sólo sirvieron para endurecer a los hombres *Al Fatah* e incrementar el número de sus adeptos en los campos de refugiados, colegios y escuelas. Conforme el movimiento alcanzaba ímpetu, de todas partes del mundo árabe llegaban donaciones y aprovisionamientos. A principios de 1969, los principales grupos de comandos resolvieron establecer un mecanismo para coordinar sus planes y acciones. Desde entonces ha habido un cambio perceptible de una táctica de rápidas y repentinas maniobras, a otra de acciones limitadas y constantes persecuciones del enemigo.

Los israelíes se refieren a los comandos como terroristas o simplemente los descartan por considerarlos una molestia sin importancia. Yassir Arafat, el jefe *Fatah* admite que la batalla va a ser "prolongada y difícil", pero añade: "con la acción de los comandos puedo ver la victoria como algo inevitable". Entre sus proezas los comandos incluyen primero, haber arrebatado a Israel la victoria política en la guerra de junio; segundo, haber forzado a los israelíes y a la opinión mundial a detenerse y pensar en la injusticia cometida con los palestinos.

Un aspecto más serio del movimiento de comandos, es su impacto sobre los vecinos Estados árabes. En Jordania, su principal base de acción, los comandos establecieron virtualmente un gobierno paralelo ejerciendo mayor autoridad que el vacilante régimen del rey Husain. Sus actividades en Líbano han provocado respuestas conflictivas en el cuerpo político libanés causando una grave crisis política. En realidad, los comandos no tienen escrúpulos en su intención de arrastrar a más árabes en el conflicto e incluso hablan de provocar a Israel para tomar más tierras árabes a fin de posteriormente sofocarlos dentro de sus propios límites.

La "lucha de liberación" dentro del concepto comando combina así elementos de un movimiento de resistencia local, de un catalizador regional de impredecible dimensión y de un conflicto internacional estilo Vietnam, debido al fracaso de todos los que intervinieron para tratar de solucionar el problema palestino, la iniciativa está siendo ahora absorbida por los mismos palestinos. Esto acrecienta las perspectivas de un conflicto mayor. Palestina, como afirma C. L. Sulzberger, por el momento está un poco borrosa, como la mano del hombre; así estaba Vietnam hace sólo cinco años.

¿Cuál es entonces la alternativa a esta amenazadora tendencia? Considerando las perspectivas de una paz viable, debe hacerse una distin-

ción entre el conflicto árabe-israelí y la confrontación judío-palestina. El primero involucra a Israel y sus vecinos árabes, pudiendo ser resuelto por la retirada israelí de los territorios ocupados, a cambio del reconocimiento del Estado de Israel y el libre acceso a las vías navegables. Esto no es aceptable para Tel Aviv, que insiste en nuevas y "seguras" fronteras. Pero aun cuando esto fuera aceptado por Israel, quedaría todavía la irresuelta cuestión palestina. Una solución permanente debe, sin embargo, reparar las injusticias sufridas por los palestinos; y esto puede ser llevado a cabo sólo por un acuerdo directo entre Israel y los palestinos. Con la totalidad de Palestina bajo la ocupación de Israel, Tel Aviv tendría la capacidad de apoderarse de la iniciativa de este asunto. Podría procederse también a la transformación de Israel a un estado binacional de Palestina. Esto es lo que *Al Fatah* también exige. Pero esta solución es manifiestamente incompatible con el carácter sionista de Israel y no sería aceptada por los judíos. Ambos lados podrían alternativamente explorar la posibilidad de una división más equitativa de Palestina, dando a ambos bandos lo suficiente para desarrollar dos Estados soberanos —uno judío y otro palestino—, donde ambos grupos dejaran de ser minorías o refugiados. Un establecimiento directo judío-palestino, tendría también el mérito adicional de rescatar el problema palestino de la compleja trama de la política intraárabe y las rivalidades de las grandes potencias. Sin embargo, considerando la realidad de la presente situación, las perspectivas para un acuerdo político pacífico permanecen tan débiles como siempre.